

FERRERAS, Juan Ignacio, *La novela en el siglo xx (hasta 1939)*. Madrid, Taurus, 1988.

Dentro de la colección *Historia crítica de la Literatura Hispánica* que viene publicando la editorial Taurus, el profesor Ferreras, autor de algún otro volumen de la serie, ha editado recientemente el que corresponde a la narrativa anterior a la Guerra Civil y lo hace con un novedoso criterio a la hora de clasificar a los novelistas. Ferreras huye de la manida e inexacta división del período en generaciones (Generación del 98, Modernismo, Novecentismo, Generación del 27), que venía siendo casi obligada en manuales y monografías e intenta un modelo de carácter básicamente intelectual y estético —al margen del criterio de edad— que, sin ser definitivo —el propio autor procede con notable cautela—, constituye una interesante hipótesis de trabajo a la hora de abordar el estudio de esta fecunda etapa de la narrativa española.

Así, tras una breve introducción al período, divide la abundante producción novelística de estos años en seis grupos: 1) Continuadores del realismo; 2) Continuadores del naturalismo; 3) Novela formalista; 4) Novela intelectual; 5) Novela vanguardista; 6) Novela social.

Respecto al primer grupo, que hereda la tradición de los Galdós, Pereda, Pardo Bazán, Alarcón, etc., pero que renueva dicha tradición, Ferreras dice que «el realista toma la realidad como es, pretende ser objetivo y supone que la realidad por él objetivada, está cargada de significación» (págs. 16-17) y considera que «lo esencial es el tema, el universo y los personajes, que han de ser actuales, 'reales', significativos», por encima de la belleza y la calidad del estilo. Dentro de este primer bloque Ferreras distingue entre cinco grupos: a) Renovadores (Baroja, Wenceslao Fernández Flórez, Ciges Aparicio, Manuel Bueno y López Pinillos); b) Continuadores (López-Roberts; Concha Espina; Eugenio Noel; Fernández Mora, Salaverría, etc.); c) Retóricos, regionalistas, costumbristas, etc. —grupo que resulta demasiado difuso— (Ricardo León; Martínez Olmedilla; Pérez Lugín; Emilio Carrère; Pedro de Répide; etc.); d) Sentimentales y rosas (Martínez Sierra y María de la O Lejárraga); e) Realistas de los años 30 (Pérez de la Ossa, Ledesma Miranda, Zunuzegui, Sender, Max Aub, Sánchez Mazas, Bartolomé Soler, Tomás Borrás, Francisco Cossío, etc.).

En el segundo grupo, continuadores del naturalismo de Blasco Ibáñez o López Bago, incluye básicamente a los cultivadores de la novela erótica, sicalíptica o galante, de influencia francesa, pero también de cierta raigambre española. Ferreras comienza por establecer una diferencia entre realismo y naturalismo. Para el crítico el primer movimiento «busca la totalización a través de una supuesta objetividad; para el realista todo el universo es significativo y como tal lo transcribe», mientras el naturalismo es selectivo y «supone que de la realidad objetiva sólo algunas relaciones de las mismas, logran explicar y significar la totalidad, todo el universo». Y concluye que «para un naturalista materialista, el sexo será la suprema ley explicativa» (pág. 53). A su vez divide el grupo en: a) Renovadores (Felipe Trigo, Zamacois, Insúa, López de Haro, Hoyos y Vinent) y b) Continuadores (Pedro Mata, Joaquín Belda, José Francés).

El tercer grupo o novela formalista se identifica con la modernista y se caracteriza por los siguientes elementos: «universo omnipresente, pero no determinante», constituido por el lenguaje mismo, elemento esencial de este tipo de novela; «un protagonista inactivo» y carente de libertad y «unas relaciones entre universo y protagonista virtualmente inexistentes» (pág. 71). Se destaca en ellos la calidad de su prosa y el constante «peligro» de diluirse en el lirismo poético en detrimento de lo propiamente narrativo. Incluye en este grupo a tres maestros de la novela como son Valle-Inclán, Miró y Gómez de la Serna, si bien se precisa que este último se aproxima a la novela vanguardista nacida en el círculo de Ortega y Gasset. Otros nombres mencionados: Ernestina Champourcín, Rafael Dieste, Rivas Cherif, etc.

El cuarto grupo se destina a la novela intelectual coetánea de la formalista e igualmente novedosa y característica de los inicios del XX. Sus notas fundamentales son las siguientes: «1. El universo novelesco, homólogo o no con el mundo objetivo, puede transformarse en auténtica problemática de la novela, con olvido o menosprecio total del protagonista» (pág. 90). «2. El protagonista de la novela intelectual no evoluciona nunca». «3. Las relaciones entre universo y protagonista no son nunca relaciones libres (...) están supeditadas a la posición intelectual del autor» (pág. 90). Entre sus cultivadores se señala a Unamuno, Azorín (aunque se advierte que éste evolucionó hacia la novela formalista), Pérez de Ayala (que también en ocasiones se acercó a formas líricas de la novela), Manuel Azaña, Ganivet, etc.

La novela vanguardista surge del cruce de influencias entre el surrealismo, el ultraísmo de Huidobro y la presencia de los demás movimientos de vanguardia en España, el precedente de Gómez de la Serna y la publicación de *La deshumanización del arte*, de Ortega y Gasset en 1925. Podría añadirse además la influencia de la novela formalista con la que la novela de vanguardia tiene algunos puntos de contacto: «la prosa vanguardista es sobre todo metafórica» (pág. 109). Su novedad consiste en que «revolucionan las estructuras novelescas» (pág. 109) y sus notas fundamentales son: la tendencia a la desaparición del universo y del protagonista y la inexistencia de relaciones entre universo y protagonista. Ferreras incluye en el grupo a Jarnés, Chabás, Giménez Caballero, Ayala, Salinas, Dalí, Manuel Abril, Ximénez Sandoval, y también los humoristas como López Rubio, Jardiel Poncela, Edgar Neville, Samuel Ros.

En torno al año 28 comienza una nueva tendencia novelística: la tendencia social, que encuentra antecedentes en la obra de Blasco Ibáñez, Galdós, Baroja, Ciges Aparicio, Picón, etc. Entre los novelistas sociales de este período, menciona a Zugazagoitia, Sender, Arderius, Díaz Fernández, Arconada, César Falcón, Acevedo, Garcitoral, Carranque de Ríos, Benavides, Corrales Egea, etc. Se trata de «un grupo de escritores muy politizados que se disponen a ponerse al servicio del pueblo» (pág. 121) y «se aprestan al combate contra los señoritos, contra la novela deshumanizada preconizada por Ortega, contra Ortega mismo, creen que hay que romper la torre de marfil» (pág. 120).

En el libro figuran a continuación varios apéndices. Uno, muy breve, sobre la novela corta en el período —que tal vez pudiera haber sido objeto de una monografía—, otro segundo analiza la novela de Gómez de la Serna *El hombre perdido* (1946). El tercero, especialmente interesante, recoge algunas de las clasificaciones que sobre el período han elaborado Cansinos-Assens, Eugenio de Nora, Luis S. Granjel, Sáinz de Robles o Víctor G. de la Concha. Como colofón el autor presenta una bibliografía selecta de la etapa.

El libro tiene el mérito de aportar una nueva clasificación que, sin duda, servirá de base para la periodización definitiva de la etapa estudiada. Sin embargo dicha labor puede suscitar algunas dudas. En primer lugar cabe preguntarse si es absolutamente necesario separar a los continuadores de dos tendencias tan próximas como el realismo y el naturalismo. Aunque Ferreras justifica sobradamente esa división, hay que considerar cómo la novela de Baroja, p. ej., a quien se inclu-

ye en el apartado de los realistas, está plagada de elementos procedentes del naturalismo. En segundo lugar, parecen excesivos los subgrupos en los que se divide a los continuadores del realismo —e incluso a los del naturalismo—, pues la línea divisoria entre ellos resulta demasiado sutil y, en ocasiones, el criterio escogido para la clasificación es difuso u obedece a razones de valoración de la obra y no a su contenido o a su estructura narrativa. En tercer lugar, la intuición del concepto de novela formalista es muy acertado, pero tal vez resulta insuficiente su caracterización, pues, del modo en el que se expone, difícilmente podría incluirse en ese epígrafe las novelas esperpénticas de Valle-Inclán —el universo en ellas si es determinante—, que también son predominantemente formalistas. Respecto al cuarto grupo, también han de elogiarse su concepto de novela intelectual y su caracterización, pero el lector tropieza con un obstáculo: después de que se ha prescindido —a mi entender, adecuadamente— del concepto de generación del 98 (cuya existencia misma puede discutirse), para la división de la narrativa del periodo, se observa cómo existen importantes coincidencias entre los abúlicos protagonistas de algunas novelas de Unamuno (*Niebla*); Azorín (*La voluntad*) o Baroja (*El árbol de la ciencia*). Por último, en el grupo vanguardista no se habla de Rosa Chacel, muy vinculada a los medios intelectuales orteguianos, y no se dedica atención suficiente a la prosa narrativa de Salinas, tal vez porque los límites en los que se ha encerrado a los jóvenes novelistas resultan demasiado estrechos para contenerlos a todos. Sin embargo la inclusión de los humoristas —interesante, en cuanto que supone el final de su injusta postergación— habría de explicarse con mayor detalle. Pero en conjunto la clasificación que propone el libro parece acertada. Quienes intenten de nuevo la periodización de la etapa habrán de partir necesariamente de ella.

Eduardo Pérez-Rasilla

ÁLVAREZ PELLITERO, Ana M<sup>a</sup>, ed., *Teatro medieval*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.

DOUGHERTY, Dru y Vilches, M<sup>a</sup> Francisca, *La escena madrileña entre 1918 y 1926. Análisis y documentación*, Madrid, Fundamentos, 1990.

El primero de estos trabajos consiste en una reunión de textos hecha con propósito pedagógico, textos precedidos de una «Introduc-